

EL DEPORTE EN LA VIDA ACTUAL

No es que en toda cuestión creamos en los modelos clásicos como algo insuperable, pero es preciso de vez en cuando volver la vista a la Antigüedad y sobre todo a las ciudades que supieron cultivar el deporte no como un profesionalismo, sino como exigencia física.

Cuando un ambiente avasallador nos lleva a mezclar quizá demasiado nuestra vida con los certámenes donde ya no es precisamente la afición pura al deporte lo predominante; cuando se ha desvirtuado el sentido del ejercicio corporal, que no debe ser sino un contrapeso a otras actividades absorbentes, no podemos menos de pensar en aquella Grecia que contempló apasionada los agones Olímpicos, tan adulterados en nuestra época por el falso deporte.

A cuánta gente oímos mencionar la Olimpiada tal o la Olimpiada cual y no saben que estas aún conservan el rito de acudir en busca del fuego a su santuario, junto a las orillas del Alfeo, en las ahora venerables ruinas y en otro tiempo centro bullicioso donde se congregaba lo mejor de la Hélade para ver triunfar a sus compatriotas.

Entonces también había quienes practicaban el deporte de garganta, como ahora. Aquellos certámenes apasionaban terriblemente a la multitud. En nuestra época todavía no se ha llegado a derrumbar un lienzo de muralla para dar entrada en su ciudad al vencedor olímpico; pero la gente que se entusiasma con esas manifestaciones de la cultura física era la misma que en Atenas o Delfos escuchaba interesada, más que paciente, horas y horas de representaciones trágicas en el teatro de Dionisos. Tres tragedias seguidas con su correspondiente dra-

ma satírico era preciso «resistir» sobre los marmóreos asientos del hemiciclo; y al día siguiente otras tantas, para decidir al final quién debía recibir el máximo galardón, la corona de laurel, efímero premio para la materializada época que nos ha tocado en suerte (?) vivir.

En Atenas, la vida diaria de un joven libre se desenvolvía entre la palestra y el Agora, el Pórtico, la Academia, las escuelas de los sofistas, etc.

Cultivo de la inteligencia y de la virtud, junto al armónico y robusto desarrollo físico. Era la época de los **aficionados** al deporte (desterremos el término amateur). Luego, en el período helenístico ya aparece el atleta profesional, cuya representación escultórica tenemos en el «Hércules Farnesio». Comienza el deportista que vive por y para el deporte. Abandona la juventud el cultivo de éste, y cae en gente que hace de él un medio de vida, entreteniéndolo a los demás. De este tipo surgirá el cretino, peligro a que están expuestos cuantos cultivan unilateralmente su potencial humano: el esfuerzo físico en perjuicio de la inteligencia, que se atrofia en la inactividad.

Pasó para nosotros, al igual que para los atenienses del siglo de Pericles, la época del «aficionado», y solo se piensa en las ventajas económicas que pueden reportar unas buenas piernas o unos buenos puños.

Gran parte del pueblo se despreocupa de muchos problemas, y busca la inhibición en el opio del fútbol principalmente. Este opio se lo va administrando cada uno, o se lo administran **ad hoc** en dosis masivas. Al que vive pendiente del resultado de un partido en el que actúa su favorito no se le vaya con

consideraciones de trascendencia social o política. Aquel necesita su opio y busca quien se lo proporcione. La psicosis ambiente arrastra tanto a niños, como a jóvenes y hasta ancianos venerables, entregados con un total apasionamiento a las competiciones deportivas; en los primeros la cosa es fatídica.

Al principio quizá solo atrae una de aquellas manifestaciones, seguida como un pasatiempo, pero poco a poco prolifera esa atención hacia otras, y a fuerza de no encontrar en los periódicos más que estimación para aquellas, el opio capta nuestro espíritu y ya no podemos vivir sin él.

Al quejarnos a veces del espacio dedicado muchos días por la prensa al deporte, nos contestan que la gente prefiere esa información a cualquier otra. Sería cuestión de preguntarse si después de abierta la marcha no es empujada ya la prensa por la afición del público.

El hecho se presta a meditación. El tiempo que debían dedicar los jóvenes a otras actividades lo absorbe esta consideración de la fuerza y actividad física como lo único estimable en el mundo. Esos fichajes fantásticos de futbolistas tienen encandiladas las mentes ingenuas, y no son pocos los padres que sueñan en un hijo buen futbolista, que pueda conseguir con los pies lo que no puede con las manos o con la cabeza.

Mencionemos una anécdota de ciertos exámenes de ingreso en nuestro Instituto. Preguntaba un profesor por los ríos principales de España. El alumno da la llamada por respuesta. En un rasgo de buen humor le espetaba aquel: «¡La alineación del Alcoyano!» (estaba en Segunda División), y el examinando, de no ver cortada su ingenua inconsciencia, estaba decidido a soltar hasta los suplentes.

Y ya entre estudiantes, con respecto a los alumnos de Bachiller podemos decir que

se preocupan más de los partidos del próximo jueves que de aquella no ya demasiado lejana perspectiva de una Reválida monstruosa (al menos para ellos). Veremos si las corrientes reformistas de la enseñanza consiguen dar al alumno más tiempo para jugar, pero con mejor orientación en su vida escolar. El problema es que los chicos jueguen como chicos y que estén un poco lejos de los hombres, y el deporte sea solo un contrapeso al trabajo mental.

Confiemos que en un porvenir no remoto se haya operado una transformación en la manera de concebir la vida esta juventud que rueda por tristes derroteros. Aún cuando esa transformación del problema educativo o mejor dicho, el suscitamiento de ese problema, solo parece afectar a una clase reducida, en realidad, esa clase puede influir enormemente en el resto.

Es necesario poner remedio a la situación actual, pues de ella han derivado defectos educativos lamentables. Esa falta de respeto a los demás; esos gritos y estridencias en las calles; ese ataque a los jardines públicos, ¿qué es sino el resultado de un ambiente forjado en masa, arrastrada por el conglomerado mal humor alojado en tantos pechos?

Mientras la gente desfoga su bilis en multitud, no se preocupa de problemas sociales, ni políticos, ni nada, pero ¿no será también un perjuicio para el día de mañana la inhibición de gentes con energía e ímpetu para un buen aprovechamiento ciudadanos, energías que ahora malgastan de tan triste manera?

Meditemos sobre este punto y medite la prensa que debe ser orientadora y no orientada por la multitud.

MANUEL AGUD QUEROL.

(Artículo publicado en el Boletín n.º 16 del Círculo Cultural Guipuzcoano).